
LA CONVERSION
DE LA MADALENA,

EN QUE SE PONEN LOS TRES ESTADOS QUE TUVO,
DE PECADORA, DE PENITENTE Y DE GRACIA;

POR

EL MAESTRO FRAY PEDRO MALON DE CHAIDE,

de la órden de San Agustín.

A LA ILUSTRE SEÑORA DOÑA BEATRIZ CERDAN Y DE HEREDIA,

religiosa en el monasterio de Santa María de Casvas, en Aragon.

El glorioso doctor san Jerónimo, en el prólogo que hace sobre la *Exposicion del profeta Sofonías* (el cual dedica á sus santas devotas, Paula y Eustoquio), dice así: «Antes que comience á interpretar á Sofonías (el cual es el noveno en la órden de los doce profetas), me parece, oh Paula y Eustoquio, que será bien responder á los que se rien de mí porque, dejando de escribir á los varones, á quien podria dedicar mis trabajos y estudios, huelgo mas de enviallos y encaminarlos á vuestras manos y en vuestro nombre; los cuales se ahorrarian la murmuracion si mirasen que Holda en tiempo del glorioso rey Josías profetiza, callando los varones, como se cuenta en el segundo del *Paralipomenon*, en el capítulo 34. Y que Debora, que fué profetisa y juez de Israel juntamente, ella salió á la batalla y fué la capitana y caudillo del pueblo de Dios para dar la batalla contra aquel poderoso capitan de los cananeos llamado Sisara, y contra un innumerable ejército que traia; y esto á tiempo que Barac, el capitan de Israel, estaba amilanado de miedo, y no osó ir á la guerra sin ella, por lo cual Debora le dijo: Yo iré contigo á la batalla, mas esta vez no será tuya la gloria del vencimiento, pues una mujer les ha de rendir; como se escribe en el capítulo 4.º del libro de los *Jueces*. Tampoco ladrarian mis adversarios si mirasen que Judit, castísima y santísima, y Ester, en figura de la Iglesia, mataron los enemigos y libraron á Israel de gran peligro, como se cuenta en sus historias. Callo de Ana y Elisabet, y de las otras santas mujeres, cuyos resplandores, como de estrellas, los escondió y encubrió la clara luz del sol de María. Quiero venir á hablar de las mujeres gentiles, para que conozcan estos que acerca de los filósofos del siglo se buscaban las diferencias de los ánimos, no las de los cuerpos. Platon introduce á Aspasia disputando con los mas sabios filósofos; Safo compite con Pindaro en la poesia; Temisto fué tenida en tanto como los mas famosos de los sabios de Grecia; Cornelia, la madre de los Gracos, por su mucha elocuencia aprovechó mucho á que sus hijos fuesen famosos oradores; no se corrió Carneades, el mas elocuente de los filósofos, de disputar cosas altísimas de filosofia delante de una matrona y en una casa particular, con ser el mas agudo de los oradores, y que cuando oraba en las academias y delante de los cónsules y principales hombres, los movia á dar voces con la fuerza de su retórica. ¿Qué diré de Porcia, la hija de Caton y mujer de Bruto, cuya fortaleza nos hace que no nos admire la de su padre y marido? Llenas están las historias griegas y latinas de las virtudes de las mujeres, y que pedian libros enteros para sus alabanzas. A mí, que camino á otras cosas, bástame para remate deste mi prólogo, decir que, resucitando el Señor, apareció primero á las mujeres y las hizo apóstolas de los apóstoles, porque se afrenta-

sen los varones de no buscar al que ya el flaco linaje de las mujeres habia hallado. » Hasta aquí son palabras del bienaventurado doctor san Jerónimo. Yo, Señora, las he querido traer aquí, por responder con ellas á los que les podria parecer de mis borrones y niñerías lo que aquellos por quien se excusa san Jerónimo. Y aunque los ejemplos de mujeres ilustres que trae sean bastantes para mostrar que no son menos dignas de estima y de que se les dedique los trabajos santos y buenos y de hombres mas doctos que yo; con todo eso, pudiera traer por mi parte mil otros en todo género de virtudes, en que las mujeres han resplandecido y pasado tan adelante como el que mas alta hizo la raya; de suerte que, con no caminalles nadie adelante, ellas dejan muchos atrás. Pero helo dejado porque no pareciese querer emendar lo que san Jerónimo dejó por bastante; y tambien porque, cuando los ejemplos no sobrarian, bastara conocer la bondad y valor y partes de vuesamerced y su claro entendimiento, para que este mi librito, y otro que de mas delgada y subida materia fuera, estuviera bien puesto en manos de vuesamerced y dedicado á su nombre. A una cosa sola quiero responder, que se me podria preguntar: ¿por qué razon, después de mis estudios acabados y habiendo tenido por tiempo de algunos años tan continuos ejercicios, así de letura de la sagrada Escritura en diversas universidades, como de sermones en muchos púlpitos, y por la misericordia del Señor con algun aplauso y acepcion acerca de los que me han oído, agora, que los que me conocen aguardaban algun gran parto de la preñez de tantos estudios, al cabo se han resumido en estos tratadillos en lenguaje ordinario, que en la lengua son comunes, en el estilo nada limados, en la materia no muy aventajados, y en la cantidad son tan pequeños? A esto respondo que tienen razon de ser deste parecer y pedirme esa cuenta, porque menos daño es no escribir que mal escribir, ó escribir lo que menos se esperaba. Si no hubiera yo de contar con mi salud tan quebrada y corta, que me fuerza á aflojar el rigor del estudio cuando con mas alientos le tomo, y me derrueca de suerte, que son menester grandes palancas de medicinas y apoyos de médicos para levantarme; y que si, llevado de mi natural inclinacion, que es leer siempre y estudiar, quiero complacer á mi deseo, no me tuviese tan maestro la experiencia, que no supiese que cuanto he adelantado en mil meses de cuidado y cura de mi salud, lo desando y vuelvo atrás en cuatro dias de descuido y olvido en ella, tendrian razon de dar su censura en mis desinios; y si no contara yo con lo mucho que á vuesamerced debo, y que, so pena de ingrato grosero, estoy obligado á buscar cómo desquitar algo desta deuda, ya que pagalla toda, ni mi caudal lo sufre por ser poco, ni el valor de vuesamerced lo consiente por ser mucho, y que he visto siempre que ha sido aficionada á las lágrimas, penitencia, amor y regalo de la gloriosa Madalena, y á aquella rica vivienda de la celestial Jerusalem, y al trato de aquellos cortesanos del cielo y pajes de la gran casa de Dios. Si con nada desto hubiera de meterme en cuentas, quizá escribiera alguna otra materia en otro lenguaje, de la cual tampoco les faltara que cortar á los censores del cielo y de la tierra, que por su solo gusto quieren medir los ajenos, y que su antojo sea nivel de voluntades libres y ajenas; pero, como no me atengo á sus pareceres, sigo el mio y mi obligacion en esto, dejándoles el campo libre para que en lo que ellos escribieren suplan lo que yo falto y en mi reconocen; que á mi bástame contar con el gusto de vuesamerced y dalle materia con que cebe el buen espíritu que el Señor le ha dado; de suerte que estos tratadillos sirvan de yesca con que se prenda en su corazon el fuego del amor que el Hijo de Dios dijo que traía del cielo y venía á derramalle en la tierra; porque no podemos negar que la leccion de cosas santas no dé calor al alma y pecho de quien con deseo las oye. « Son las palabras mias como fuego (dice el Señor por Jeremías) y como almadena, que rompe y desmenuza las peñas y guijarros duros. » Quéjase en aquel capitulo 25 de que muchos predicadores y ruines profetas vendian al pueblo sus sueños y mentiras por palabras de Dios, diciendo que Dios se las revelaba. Pone el Señor una galana diferencia entre sus palabras y las que no lo son; que las de los hombres tan helado se dejan un corazon como le hallan, y tan entero como antes que á él entrasen; mas las de Dios, cuando llegan al alma derriten sus hielos, consumen lo terreno y cenagoso de sus deseos, abrásanla en amor, y arde sin quemarse hasta echar llamaradas por la boca y ojos, con que aun á los otros enciende. Por esto los dos discípulos que iban á Emaus la mañana venturosa de la resurreccion, después de habelles desaparecido el Redentor, dijeron el uno al otro: «¿Ora no vistes cómo se nos abrasaba y ardía nuestro corazon, cuando nuestro buen Maestro nos hablaba en el camino y nos declaraba las Escrituras?» Lo segundo, dice que son sus palabras como martillo que rompe las piedras. No hay corazon tan de guijarro, ni pecho tan berroqueño ni de diamante, que la fuerza de la palabra de Dios no le desmenuce, si el alma le

da entrada. De suerte que destas palabras se saca que la culpa de no hacernos provecho todo cuanto leemos de Dios y cuantos sermones oimos, y lo que de su parte se nos dice, solo está de la nuestra, y no de la de las palabras; pero, pues sé que de la de vuesamerced no hay esa resistencia, sin miedo puedo enviar este librito en que se entretenga, leyéndole en ratos desocupados. Podria parecer á alguno que es menos gravedad en materia santa mezclar versos y cosas de poesia, que parece que desautoriza en alguna manera, así la escritura donde se ponen como la persona que los hace, principalmente que no hay cosa tan fria como cosas devotas en verso, cuando no es muy escogido y limado: razon tienen, y aun yo soy enemigo dello si no es muy aventajado, y suelo decir que menos buen verso se sufre en las cosas profanas que en las santas. La razon desto es, porque ya por nuestros pecados tenemos tan estragado el gusto para todo lo que es Dios y virtud, que para poder tragar lo que desta materia se nos dice es menester darnoslo con mil sillas y sainetes, y muy bien guisado, y aun Dios y ayuda que así lo podamos comer; pero, como las cosas del mundo y terrenas, de suyo se tienen la lima y gusto con que se comen (por el estrago de nuestro apetito que nos quedó para el bien después del pecado), aunque no nos las den guisadas de tan buena mano, las tragamos sin oro con facilidad. Digo pues que para solo desempalagar el gusto, cansado de la prosa, he encajado cosillas de verso; porque, aunque no es curioso, haga la variedad del estilo lo que habia de hacer la bondad de la poesia. Decir que es poca gravedad es engaño, salvo si no llamamos menos grave al regalado rey David, que tantos sonetos y canciones compuso y cantó á la arpa divina, en alabanza del gran Gobernador del universo. El mismo hizo las endechas tristes y romances, no de cuando don Alonso de Aguilar murió en Sierra Nevada, ni de los zamoranos, sino de cuando Saul y sus hijos murieron en los montes de Gelboe; y mandó que se cantasen en Israel como agora se cantan los romances viejos de Castilla. Tambien habemos de decir que el santo Job, tan alabado de Dios, ó el gran Moisen (que dicen que escribió su libro), se desdoloró mucho porque desde el capitulo 3.º, que comienza á hablar el santo Job, diciendo: «Perezca el dia en que nací y la noche en que mi madre me concibió;» hasta el capitulo 42, donde dice el santo Job á Dios: «Por tanto, Señor, yo me reprehendo y hago penitencia en cilicio y ceniza;» todo esto está en verso exámetro, como lo dice el bienaventurado san Jerónimo en el prólogo sobre Job. Y ¿quién será tan desatinado, que ponga nota en el gran profeta Jeremías, el llorador de los duelos de Israel, porque hizo endechas y canciones tristes á la muerte del glorioso rey Josías, como parece en el capitulo 52 del segundo del Paralipomenon, y mandó que los músicos y cantoras las cantasen en todo el pueblo? Y aun añade la Escritura que quedó como ley en Israel el cantar sus lamentables sonetos. Dejo las lamentaciones que compuso cuando la destruccion de Jerusalem, hecha por Nabucodonosor, y otras muchas cosas que el Espíritu Santo dijo en la Escritura en verso; y los niños del horno de Babilonia, que en verso convidaban á todas las criaturas á alabar al Hacedor de todas ellas; y dejo los demás cánticos que los famosos santos de los dos Testamentos cantaron en reconocimiento de las victorias y otras particulares mercedes recibidas de mano de Dios; y vengo á los muchos santos que escribieron en verso gran parte de sus obras. El gran teólogo Gregorio Nacianceno, maestro de san Jerónimo y doctor griego, fué extremado poeta. Los santos doctores de la iglesia Ambrosio y Gregorio, el grande san Hilario, obispo de Pitavia, muchos himnos escribieron, con los cuales adorna la santa Iglesia los officios divinos que canta á Dios y á sus santos. Al gran obispo de Roma san Dámaso, por cuyo mandado y ruego el glorioso san Jerónimo dividió las epístolas y evangelios del año, no le embotó la lanza el escribir muchas obras en verso para ser sumo pontífice de la Iglesia. El excelentísimo doctor san Tomás de Aquino poco se embarazó para ser santo y supremo teólogo, por haber hecho los himnos y prosa que se cantan al Santísimo Sacramento. Callo á los claros poetas cristianos Prudencio, Sedulio, Teodulfo, Fortunato, Paulo, diácono cardenal, y á Elpis, mujer del mártir Severino Boecio; los cuales todos con diversos linajes de versos cantaron las grandezas de Dios y de sus santos. Y pues tales y tan grandes varones no se desdeñaron de hacer versos, no tengo yo por qué correrme de mezclarlos en lo que escribo; solo me queda agora el dar á vuesamerced cuenta del proceder en este *Tratado de la Madalena*, para que con mas gusto se lea. Es pues la orden que se divide en cuatro partes; porque, puesto que, siguiendo la cuenta del Evangelio, bastaban solas tres, conforme á los tres estados que de la Madalena nos pinta, que el primero es de pecadora, el segundo de penitente, el tercero de gracia y amistad de Dios; con todo eso, yo he antepuesto otra parte á estas tres, que es el primer estado del alma antes del pecado, por parecerme necesario de saber cómo va

cayendo del estado de gracia en el de pecado, y para que desta manera le hiciésemos la cama al Evangelio y á sus primeras palabras. Bien sé que tendrán este y los demás tratados muchas faltas, así en la corta materia (que la llamo corta porque la trató yo cortamente) como en el pobre y desnudo estilo mio, que jamás supe otro mejor, y que solo terná de bueno el deseo de acertar á decir algo en honra de Dios, que de grandes pecadores sabe hacer muy grandes santos; y en gloria de la Madalena, que nos fué ejemplo de penitencia á los que estamos cargados de pecados; y á gusto de vuesa merced, que ha despertado mi pereza para que me ensaye en las cosas pequeñas, para después podella bien servir en las grandes, y junto con estas, tendrán otros muchos defectos, que descubrirán en ellos otros mejores ojos que los míos, casi ciegos; mas al fin, tan malo es temello todo como no temer nada. Solo ruego á los que los leyeren, emienden sus faltas y mias con caridad cristiana, mas por celo del bien comun que por odio del autor y su escritura. Y si alguna cosa hallaren que les dé gusto y parezca bien, den las gracias á nuestro Dios, de quien viene todo el bien; pero si cosa toparen menos buena y no tan bien puesta (que será lo mas cierto) esa culpa déseme á mí, que mia es y por hija propia la conozco. A vuesa merced suplico que, en pago deste mi deseo, me encomiende á Dios para que me dé su espíritu y me alumbre el entendimiento, que no yerre, y me encienda la voluntad para que siempre le ame; y á vuesa merced la haga tan suya y le dé tanta parte de su amor, cuanta suele dar á sus mas regaladas esposas. Amen.

PRÓLOGO DEL AUTOR Á LOS LETORES.

Aunque es verdad que en cosa tan poca como es la materia de que en este librito se trata, que la llamo así, no porque el sugeto dél no sea muy alto, y que para habello de tratar conforme á lo que pide su grandeza fuera menester un Demóstenes para la prosa y otro Homero para el verso, y después de haber gastado muchos años en pensallo y hinchido muchos libros en escribillo, dijera lo que pudieran, y no lo que la materia pedia, eran menester pocos preámbulos, pues él por sí se deja entender fácilmente; pero con todo eso, porque no vaya tan desnudo de la compostura y atavío que suelen llevar otros de su talle, y tambien por descubrir algo del motivo que tuve para dar lugar á que se mandase á la imprenta, he querido, demás de la carta que precede, donde digo algo deste mi intento, anteponer este prólogo á la obra, para que mas despacio puedan los que lo leyeren quedar satisfechos de que mi deseo ha sido bueno, si ya el efeto no le gasta. Y tambien huelgo de dar mas anchá cuenta del provecho que á mi parecer se puede sacar de que salgan á luz semejantes libros; y por qué escogí yo mas esta materia que otras infinitas de que pudiera echar mano, y por ventura me hiciera con ellas mas honra, si ya la pretendiera, y que quizá me salieran mas acertadas que esta, que no sé qué acogimiento le harán los que la vieren. Digo pues que, acordándome de lo que Salomon dice en las últimas palabras de aquel libro de sus experiencias y de sus enfados, donde, aunque en todo cuanto escribió anduvo discretísimo, como aquel cuya pluma la gobernaba el espíritu de Dios, pero en el *Ecclesiastes* parece que lo estuvo con una particular destreza; tanto, que no falta quien crea que fué este libro su Benjamin, nacido en su vejez, y que le escribió después de la desdichada caída de su idolatría, habiendo hecho penitencia de sus pecados; y así, parece de un hombre muy caído en la cuenta, ya maduro y viejo, y escarmentado en propios daños; de suerte que, queriendo rematar con su libro, dice, hablando con su hijo: *His amplius, fili mi, ne requiras*; Hijo, por tu vida, que te contentes con lo que yo aquí te dejo escrito; no busques mas, que no sacarás sino cansancio; no te vayas tras cada novedad ni vuelas tras cada libro que saliere, que nunca acabarás; porque, *faciendi plures libros nullus est finis*. Es el ingenio humano tan amigo de rastrear y sacar cosas nuevas, que jamás descansa ni halla término adonde pare; y así, ó procura de buscar cosas nuevas, ó si no lo son, hace que el estilo de decillas lo sea, y con esto, cada cual quiere hacer un libro. Y de los que escriben, unos se mueven por deseo de eternizar su nombre y celebralle con viva memoria de que fueron en otro tiempo, y supieron y escribieron; estos por la mayor parte tratan de materias que ganan con ellas mas aplauso entre los hombres que provecho ó edificación de los fieles. Otros van por otro camino, que, viendo que el mundo tiene ya tan cansado el gusto

para las cosas santas y de virtud, y tras eso, tan vivo el apetito para todo lo que es vicio y estrago de buenas costumbres, y que, como si no bastaran los ruines siniestros con que nacemos y los que mamamos en la leche, y los que se nos pegan en la niñez con el regalo que en aquella edad se nos hace, y como si nuestra gastada naturaleza, que de suyo corre desapoderada al mal, tuviera necesidad de espuela y de incentivos para despertar el gusto del pecado, así la ceban con libros lacivos y profanos, adonde y en cuyas rocas se rompen los frágiles navios de los mal avisados mozos, y las buenas costumbres (si algunas aprendieron de sus maestros) padecen naufragios, y van á fondo y se pierden y malogran; porque, ¿qué otra cosa son libros de amores, y las *Dianas* y *Boscanes* y *Garcilasos*, y los monstruosos libros y silvas de fabulosos cuentos y mentiras de los *Amadis*, *Florisels* y *Don Belianis*, y una flota de semejantes portentos como hay escritos, puestos en manos de pocos años, sino cuchillo en poder del hombre furioso? Pero responden los autores de los primeros, que son amores tratados con limpieza y mucha honestidad, como si por eso dejasen de mover el efeto de la voluntad poderosísimamente, y como si lentamente no se fuese esparciendo su mortal veneno por las venas del corazón, hasta prender en lo mas puro y vivo del alma; adonde con aquel ardor furioso seca y agota todo lo mas florido y verde de nuestras obras. «Hallaréis (dice Plutarco) unos animalejos tan pequeños, como son los mosquitos de una cierta especie, que apenas se dejan ver, y con ser tan nonada, pican tan blandamente, que, aunque entonces no os lastima la picadura, de allí á un rato os hallaréis hinchada la parte donde os picó, y os da dolor.» Así son estos libros de tales materias, que, sin sentir cuando os hicieron el daño, os hallais herido y perdido.

¿Qué ha de hacer la doncellita que apenas sabe andar, y ya trae una *Diana* en la faldriquera? Si (como dijo el otro poeta) el vaso nuevo se empapa y conserva mucho tiempo el sabor del primer licor que en él se echare; siendo un niño y una niña vasos nuevos, y echando en ellos vino tan venenoso, ¿no es cosa clara que guardarán aquel sabor largo tiempo? Y ¿cómo cabrán allí el vino del Espíritu Santo y el de las viñas de Sodoma (que dijo allá Moisen)? Cómo dirá *Pater noster* en las *Horas* la que acaba de sepultar á Piramo y Tisbe en *Diana*? Cómo se recogerá á pensar en Dios un rato la que ha gastado muchos en *Garcilaso*? Cómo? Y ¿honesto se llama el libro que enseña á decir una razon y responder á otra, y á saber por qué término se han de tratar los amores? Allí se aprenden las desenvolturas y las solturas y las bachillerías, y náceles un deseo de ser servidas y recuestadas, como lo fueron aquellas que han leído estos sus *Flos Sanctorum*; y de ahí vienen á ruines y torpes imaginaciones, y destas á los conciertos, ó desconciertos, con que se pierden á sí y afrentan las casas de sus padres y les dan desventurada vejez; y la merecen los malos padres y las infames madres que no supieron criar sus hijas, ni fueron para quemalles tales libros en las manos. Los *Cantares* que hizo Salomon, mas honestos son que sus *Dianas*; el Espíritu Santo los compuso, el mas sabio de los hombres los escribió; entre esposo y esposa son las razones, todo lo que hay allí es casto, limpio, santo, divino y celestial y lleno de misterios; y con todo eso, no daban licencias los hebreos á los mozos para que los leyesen hasta que fuesen de mas madura edad. Pues ¿qué hicieran de los que son faltos de tantas circunstancias de abonos, como tienen los *Cantares* en su favor? Esto es para desengañar á los que se toman licencia de leer en tales libros con decir que son honestos. Otros leen aquellos prodigios y fabulosos sueños y quimeras sin piés ni cabeza, de que están llenos los libros de caballerías, que así los llaman, á los que, si la honestidad del término lo supiera, con trastocar pocas letras se llamaran mejor de bellaqueñas que de caballerías. Y si á los que estudian y aprenden á ser cristianos en estos catecismos les preguntais que por qué los leen, y cuál es el fruto que sacan de su lición, responderos han que allí aprenden osadía y valor para las armas, crianza y cortesía para con las damas, fidelidad y verdad en sus tratos, y magnanimidad y nobleza de ánimo en perdonar á sus enemigos; de suerte que os persuadirán que *Don Florisel* es el libro de los *Macabeos*, y *Don Belianis* los *Morales* de san Gregorio, y *Amadis* los *Oficios* de san Ambrosio, y *Lisuarte* los libros de *Clemencia* de Séneca (por no traer la historia de David, que á tantos enemigos perdonó). Como si en la sagrada Escritura y en los libros que los santos doctores han escrito faltaran puras verdades, sin ir á mendigar mentiras; y como si no tuviéramos abundancia de ejemplos famosos en todo linaje de virtud que quisiéremos, sin andar á fingir mónstruos increíbles y prodigiosos. Y ¿qué efeto ha de hacer en un mediano entendimiento un disparate compuesto á la chimenea en invierno por el juicio del otro que lo soñó? Pues para reparo de los muchos daños que destes libros nacen, muchos celosos de la honra de Dios y amigos del bien y medra de los fieles han tomado la pluma y

han escrito libros llenos de santa doctrina, de maravillosos ejemplos, de gravísimas sentencias y de dulce y deleitoso estilo, con los cuales han hecho mucho provecho á todos cuantos se han querido aprovechar de sus trabajos. Viendo pues yo que cuanto á esta parte ya la república cristiana está bien pertrechada y tiene bastantísimo reparo contra este daño general que aquí digo, y tan á costa de muchas almas y conciencias lo experimentamos; y tambien por no entrar yo en el número de los deseos de escribir libros (que dice Salomon); y considerando que lo que yo podía sacar á luz era de tan poco momento, que muy bien se podía pasar sin ello la Iglesia de Dios, habia determinado de no dar que censurar á los juicios libres de los que el dia de hoy piensan que tienen voto en todo, y que todo lo saben y nada se les va por alto ni dejan de ver, por bajo que sea. Y quien los vea dar su decreto en todo linaje de libros que á sus manos llegan, pensará que ha tornado al mundo otro Carneades, que se gloriaba en los juegos olímpicos que sabia razonar indiferentemente de cualquier cosa que se le preguntase. Parece que cada uno dellos sea un Hippias sofista, el cual se persuadió que sabia todas las ciencias y todas las artes, y mostraba para esto los zapatos y calzas y un anillo que traia, hechos por su mano, y una piedra preciosa, y una copa de vidrio y un vaso de madera, y otras que él mismo habia hecho, y hablando y dando razon de cada cosa á los que lo oian, como si fuera un dios de la tierra y de todas las diciplinas; ó como si fuesen otro Gorgias Leontino, tan usado, que se jataba de que sin otra prevencion ni estudio responderia y disputaria de repente de cualquiera cuestion que cualquiera de los circunstantes le quisiese preguntar. Como si cada cual dellos hubiese visto tanto como un Plinio ó mas que Teofrasto Paracelso; y así, ni mas ni menos les parece que pueden juzgar de todo, y hablar con tanta liberalidad de lo que les viene á las manos, como si en filosofia fueran unos Aristóteles y en la moral unos Platones, en teología unos Agustinos, en escritura unos Naciancenos, y en lenguas unos Jerónimos; y mirado lo que son y lo que saben, y para cuánto son ellos, y qué es lo que hacen, son nada, sin virtud, mofadores, murmuradores, vicio vil y para hombres infames, y tienen una nativa arrogancia, ingerta y nacida consigo mismos, que crece con ellos á la sombra del favor de Hiponace y Teon y de la cuadrilla de Timagenes, Gratino y Arquiloco, Staterio y Aristofanes, que con los furiosos rayos de sus palabras y con la mordacidad y aspereza de Anaxarco, y con el impetuoso curso de decir de Teócrito, dieron ancha puerta al murmurar y roer sudores ajenos, y pusieron escuela de mal decir, adonde aprendiesen estos sus honrados discípulos. Así yo, temiendo esto que digo, habia dejado á un rincon estos papeles que de la gloriosa Madalena habia escrito á petición de una señora religiosa; y como cosa dina de olvido, se han dormido muchos años en mi escritorio, sin hacer de ellos otra cuenta que la que se suele hacer de ratos perdidos. Sucedió que, sin pensallo, vinieron á manos de mi prelado; viólos y leyólos, y mandóme que los sacase en público; obedecí, porque tenia obligacion, y aventuré todo lo que podría perder con los censores de quien he hablado: harto será si con los prudentes no pierdo, que de los demás bien me consolaré. De aquí nace una cosa que alguno (no entendiéndola) podría acusármela, y es, que cuando yo comencé á hacer esta niñería no faltó á quien le pareció mal que fuese en nuestra lengua española, y tuve necesidad de responder á esta acusacion que se me ponia, y entonces hice en un prólogo lo que tambien pondré en este. Como después, por las razones que he dicho, lo dejase todo á un rincon, y se han pasado algunos años, he visto que en un librito impreso de tres años, y aun de menos á esta parte, puesto por un muy curioso y levantado estilo, y con términos tan pulidos y limados y asentados con extremado artificio, en quien se verá la grandeza y majestad de palabras de que nuestra lengua castellana está como preñada, y que tiene gran riqueza y copia y mineros, que no se pueden acabar, de luces y flores y gala y rodeos en el decir, y que en aquel libro está el adorno que los celosos del lenguaje español pueden desear (el libro de *Los nombres de Dios*, del padre maestro Fray Luis de Leon, de quien digo), habiéndole sucedido con él y su divulgacion lo que á mi con este antes de publicalle, tuvo necesidad de oponerse á la afrenta y sinjusticia que á la lengua se le hacia; y así, constreñido deste agravio, añadió otro tercero libro á los dos que habia impreso, en cuyo principio hallé casi las mismas palabras que muchos años antes yo habia escrito á ese mismo propósito. Y aunque aqui pudiera yo dejar de poner las mias y remitir á los lectores á que allá las lean; con todo eso, pues esto es cierto que las escribí yo años antes, no dejaré de ponellas. Y nadie tenga á mucho que nos hayamos topado en esto; pues siendo verdad la que tratamos, y tan fundada en buena razon, no es milagro que topen dos con ella y con los fundamentos en que apoya y estriba.

Digo pues que hay hombres que, con no ser ellos para nada y levantarse á cosa de virtud su pensamiento, toman por oficio decir mal de todo aquello que no va medido con su grosero juicio. Tienen otra cosa rara, digna de tales sugetos, y es, que si oyen algo fuera de lo que ellos han leído en cuatro autores de gramática, lo asquean tanto, y lo burlan y mofan de tal suerte, como si solo aquello con que ellos han desayunado su entendimiento fuese lo cierto y de fe, y lo demás fuese patraña y sueño. Bien sé que el ingenio humano no se contenta de una manera ni con las mismas cosas; y así, de lo que á unos parece bien, de eso mesmo murmuramos otros, y aquellos admiran y engrandecen lo que estos abominan y burlan. Mas á lo menos podrian dejar pasar con modestia cristiana lo que no viene tan pegado con su gusto como ellos desean, y ensayarse ellos en cosas semejantes para que cuando vean que no es tan fácil como ellos lo soñaron, con esto, ya que no tengan en mucho los ajenos trabajos, dejen siquiera de murmurar dellos y de sus autores. Habiendo yo comenzado esta niñería en nuestro lenguaje vulgar, con propósito de que quien me la pidió, pues no ha llegado á la noticia de la lengua latina, no por eso quedase privada de la doctrina y conocimiento de las cosas divinas, he tenido tanta contradicion y resistencia para que no pasase adelante, como si el hacerlo fuera sacrilegio ó por ello se destruyeran todas las buenas letras, y de ahí resultara algun grave daño y perdicion á la república cristiana. Unos me dicen que es bajeza escribir en nuestra lengua cosas graves; otros que es leyenda para hilanderuelas y mujercitas; otros que las doctrinas graves y de importancia no han de andar en manos del vulgo liviano, despreciador de los misterios sagrados, movidos por aquel dicho de Platon, que «no era licito profanar los misterios ocultos de la filosofia», que así lo hizo él mismo; y Aristóteles escribió con tanta escuridad como si no escribiera. Y el Redentor dijo: «No arrojéis las piedras preciosas á los puercos;» y que Hermes Trismegisto fué deste parecer; y así escribieron los mas graves y antiguos de los filósofos su doctrina debajo enigmas y figuras. Finalmente, cada uno ha dado su decreto y dicho su alcaldada. Podria responder á todos juntos que, como dice mi padre san Agustin, huelgo que me reprehenda el gramático á trueque de que todos me entiendan; así yo quiero, si pudiese, hacer algun provecho á los que poco saben de lenguas extranjerias, aunque por ello me murmure el bachiller de estómago, mofador de trabajos ajenos. A los que dicen que es poca autoridad escribir cosas graves en nuestro vulgar, les pregunto: ¿La ley de Dios era grave? La sagrada Escritura que reveló y entregó á su pueblo, adonde encerró tantos y tan soberanos misterios y sacramentos, y adonde puso todo el tesoro de las promesas de nuestra reparacion, su encarnacion, vida, predicacion, doctrina, milagros, muerte y lo que su Majestad hizo y padeció por nosotros; todo esto junto, y lo demás que con esto iba, pregunto á estos tales, ¿en qué lengua lo habló Dios, y por qué palabras lo escribieron Moisen y los profetas? Cierto está que en la lengua materna en que hablaba el zapatero y el sastre y el tejedor, y el cava-tierra y el pastor, y todo el vulgo entero. El santo profeta Amós, pastor era, criado en vearar bellota, en apacentar ganado por los montes y sierras, y profetizó y dejó su profecía escrita; pues cierto es que no aprendió en Atenas ni en Roma otro lenguaje que el que se hablaba en su tierra. Pues si misterios tan altos, y secretos tan divinos se escribian en la lengua vulgar con que todos á la sazón hablaban, ¿por qué razon quieren estos envidiosos de nuestro lenguaje que busquemos lenguas peregrinas para escribir lo curioso y bueno que saben y podrian divulgar los hombres sabios? Que yo no trato de mí (pues ni lo soy, ni importaria mucho que lo que puedo sacar á luz se sepultase en silencio olvidado); mas dígolo por otros muchos y muy sabios que podrian dar luz con su doctrina y ilustrar nuestra lengua con su buen estilo. Si dicen que aquella lengua hebrea era muy misteriosa, y que por eso la Escritura sagrada se escribió en ella, pregunto, ¿no se tradujo en griego por muchos tradutores? Y después ¿no se escribió en latin; que era la lengua ordinaria en Roma, como ahora lo es para nosotros la castellana? Sí. Pues si nuestro español es tan bueno como su griego y como el lenguaje romano, y se sabe mejor hablar que aquellas lenguas peregrinas, y por poco bien que se escriba en el nuestro, se escribirá con mas propiedad que en el ajeno, ¿por cuál razon les ha de parecer á estos que es bajeza escribir en él cosas curiosas y graves? Escribió Tulio en la lengua que aprendió en la leche, y Marco Varron y Séneca y Plutarco, y los santos Crisóstomo, Cirilo, Atanasio, Gregorio Nacianceno y san Basilio, y todos los de aquel tiempo, cada uno en la suya y materna, y hicieron bien y estúvoles bien, y pareció á todos bien; y Platon, Aristóteles, Pitágoras y todos los filósofos escribieron su filosofia en su castellano, porque lo digamos así; de suerte que la moza de cántaro y el cocinero, sin estudiar mas que los términos que oyeron y aprendieron de sus ma-

dres, los entendian y hablaban de ello; y agora les parece á estos tales que es poca gravedad escribir y saber cosa buena en nuestra lengua; de suerte que quieren mas hablar bárbaramente la ajena y con mil impropiedades y solecismos y idiotismos, que en la natural y materna con propiedad y pureza, dando en esto qué reir y burlar y mofar á los extranjeros que ven nuestro desatino. No se puede sufrir que digan que en nuestro castellano no se deben escribir cosas graves; pues ¿cómo? Tan vil y grosera es nuestra habla que no puede servir sino de materia de burla? Este agravio es de toda la nacion y gente de España, pues no hay lenguaje ni le ha habido que al nuestro haya hecho ventaja en abundancia de términos, en dulzura de estilo, y en ser blando, suave, regalado y tierno, y muy acomodado para decir lo que queremos, ni en frásis ni rodeos galanos, ni que esté mas sembrado de luces y ornatos floridos y colores retóricos, si los que tratan quieren mostrar un poco de curiosidad en ello; esta no puede alcanzarse si todos la dejamos caer por nuestra parte, entregándola al vulgo grosero y poco curioso. Y por salirme ya des-to, digo que espero, en la diligencia y buen cuidado de los celosos de la honra de España, y en su buena industria, que, con el favor de Dios, habemos de ver muy presto todas las cosas curiosas y graves escritas en nuestro vulgar, y la lengua española subida en su perfeccion, sin que tenga envidia á alguna de las del mundo, y tan extendida cuanto lo están las banderas de España, que llegan del uno al otro polo; de donde se seguirá que la gloria que nos han ganado las otras naciones en esto, se la quitemos, como lo habemos hecho en lo de las armas. Y hasta que llegue este venturoso tiempo, que ya se va acercando, habrémos de tener paciencia con los murmuradores los que somos de los primeros en el dar la mano á nuestro lenguaje prostrado. Volviendo pues á mi propósito primero, digo que por expreso mandamiento de mi prelado he habido de hacer imprimir este librito, cuyo título le parecerá al lector que va errado; pues digo que es *Tratado primero de la Madalena*, no sucediéndole segundo de la misma ni de otra materia. Razon tienen; mas tuve intento de imprimir, junto con este, otro que tengo hecho de San Pedro y San Juan, que creo que, aunque es menor, no es menos dulce, y á aquel llamaba yo *segundo*; y como en el discurso de la impresion pareció que el de la Madalena crecia mas de lo que los impresores, y aun yo, pensábamos, he habido de dejar el *Tratado de San Pedro* por no hacer este libro de demasiado volumen, que lo fuera con aquel, poniéndolo todo junto. Dije al principio deste prólogo que hacian gran daño á muchos los libros de poesia profana; y por si pudiese yo reparar alguna parte deste daño, he querido probarme á hacer algunos versos, y salir *velut anser inter olores*, que suelen decir. Bien sé que no son los mas escogidos ni mas bien trabajados del mundo; mas lo que les falta de curiosidad en la compostura les sobra de bondad en la materia y de grandeza en el sugeto. Podria ser que, hecho el gusto á estos salmos y canciones divinas, vengan algunos á desgustar de las profanas.

DEL MAESTRO FRAY ANTONIO CAMOS,

AGUSTINO.

SONETO.

Madalena, famosa pecadora,
A los piés de la vida derrocada,
Con la madeja de oro desatada,
Que al sol hizo envidioso en algun hora;
Con llanto lava, enjuga, besa, adora
El lodo de los piés, do perdonada,
De red y lazo de almas, fué trocada
En vivo templo, adonde Cristo mora.
Ungióle la cabeza en otra cena
Al mismo, y prometió premialla tanto,
Que fuese celebrada en todo el mundo.
Cumpliólo ya, pues vos y Madalena
Hacéis con su llorar y vuestro canto
Que ella no tenga igual ni vos segundo.

DEL PADRE FRAY LORENZO SIERRA,

AGUSTINO.

SONETO.

Perdido el nombre, del pecado esclava,
El cuerpo y ánima envueltos en torpeza,
Olvidada de Dios y de la alteza
De sangre, que á lo honesto la llamaba,
El nombre cobra y el pecado lava,
Del cuerpo y alma alimpia la bruteza,
A Dios acude, y torna á la nobleza
De sangre, que lo torpe la enturbiaba.
Amor, cabello y ojos no, mas fuentes,
Que cristal á los piés de Dios vertieron,
Lavaron alma y cuerpo, culpa y pena.
Dióle cielo el amor, y las ardientes
Lágrimas el perdon que merecieron,
Y hoy da el nombre Malon á Madalena.

TRATADO

DE LA

CONVERSION DE LA GLORIOSA MARÍA MADALENA,

SOBRE EL EVANGELIO QUE SE PONE EN SU FIESTA,

QUE ES:

Rogabat Jesum quidam Pharisæus, ut manducaret cum illo, etc. (Lucæ, 7.)

ANTES que comience á tratar la historia de la bienaventurada María Madalena, quiero pedir licencia para no guardar en este tratado ó sermón el estilo acostumbrado de predicar, que es ir declarando cada palabra del Evangelio y mostrando sus misterios particulares; porque, pues la Madalena fué santa tan sin guardar Dios el órden y regalo ordinario que acostumbra en las conversaciones de los demás santos, haciéndola tan grande de tan grande, tan poderosa santa de tan poderosa pecadora, mostrándose Dios absoluto señor de leyes de conversion, pues de la primera tijera y mano quedó tan acabada, que dejó muy atrás á muchos de los muy aventajados santos; no será mucho que tampoco yo siga el estilo comun que suelo en predicar en los santos ordinarios. Y así, pretendo despedirme de este mi sermón de las leyes y preceptos que dan los mas acertados predicadores, y gozar de la voluntad de mi gusto en el proceder; y prevengome en esto para los demás que en este mi libro escribiere, por salirme de una vez de todo ello y por rematar con los censores que quieren reglar el querer ajeno conforme á su antojo. Y quedese esto dicho de una vez para las demás que se pudiere ofrecer ocasion de excusa.

Para que por mejor órden procedamos será menester considerar en la Madalena tres estados; los cuales se deben pensar en todos los que de pecadores (por la gran misericordia del Señor, que los trae á su conocimiento) pasan á ser justos. El primero es de pecadores cuando están apartados de Dios y de su gracia y amor; el segundo es de penitentes, cuando, prevenidos con la dulzura de las misericordias del Señor muy alto, comienzan á caer en la cuenta de su mal estado, y corridos de su daño y perdicion, avergonzados de la torpeza de sus obras, se vuelven á Dios y hacen verdadera penitencia; el tercero es cuando ya el alma, vuelta en gracia y amistad de su clementísimo Padre y Señor, goza de la paz que dice san Pablo que sobra todo sentido; del cual estado solo tienen licencia de hablar los que en él se ven; porque los que no han llegado á sentir aquella gran dulzura y suavidad que á sus regaladas

esposas les comunica el celestial Esposo, de quien decía la Esposa en el primero de los *Cantares*: Metióme el Rey en el aposento de sus regalos y conservas, donde tiene lo mas precioso de sus olores y vinos. Allí me regocijé y alegré en mi Amado, que me dió mas suave licor que los mas estimados vinos de Candía ni de otras partes. Así que, quien no ha llegado á tener estos gustos, no puede hablar de ellos, sino con el poco mas ó menos con que suelen hablar los que tratan lo que no entienden; y lo menos que dejan es lo mas que ellos saben entender. Tratemos pues del primero destes estados, invocando para ello y para todo lo demás que hobiéramos de decir, la gracia y favor del Espíritu Santo y la intercesion de la gloriosa Virgen María y de todos los santos del cielo.

PARTE PRIMERA.

§. I.

Del tratado de la Madalena.

Cuando el gran Monarca y Padre del cielo quiso comunicar su belleza y gloria en tiempo, siendo infinitamente sabio, y siendo fuente de amor, de donde nace todo el bien á las criaturas, para hacerlas bienaventuradas á cada una en su tanto; viendo que fuera dél no podia haber felicidad alguna, determinó de hacerse fin de todas ellas, y que, así como nacian de Dios, así tambien fuesen á parar en Dios, y hasta llegar á este punto ninguna de todas ellas tuviese perfeccion, y por el mismo caso ni reposo ni bienaventuranza: *Fecisti nos Domine ad te, et inquietum est cor nostrum, donec revertamur ad te*; son palabras del glorioso doctor y padre nuestro san Agustin: Hicistesnos, Señor, para vos, para gozar de vos, para amaros á vos; y así, nuestro corazon jamás halla descanso hasta que volvamos á vos. La figura esférica ó circular es tenida en geometría por la mas perfeta, porque acaba en el punto donde comenzó; y por eso el Señor se llama principio y fin en el primer capítulo del *Apocalipsi*. Para alcan-